

# Pasión por lo posible.

## Diez años sin Albert O. Hirschman

JAIME ORTEGA REYNA Y JUAN DE LA FUENTE HERNÁNDEZ

**E**n este texto queremos destacar que el valor de la obra de Albert O. Hirschman reside en que expresó un proceso de renovación y búsqueda de alternativas sociopolíticas en clave democrática. En el campo económico fue una vuelta de tuerca ante los problemas candentes de la región latinoamericana referentes al desarrollo. En otros espacios, como la sociología de la acción colectiva o la historia de las ideas políticas, alentó el ejercicio de pensar en temas clásicos para abrir senderos. En conjunto, desmonta dogmas y fórmulas preestablecidas con propuestas analíticas e históricas tanto en el discurso público como en las ciencias de la sociedad.

El posibilismo es una corriente que en tiempos de crisis es necesario revalorar. Es cierto que inspirar, alentar y concretar la reforma no levanta muchas pasiones, como otras perspectivas de espectro más amplio, por ejemplo, las utópicas. A lo largo de su vital e intensa trayectoria, el intelectual alemán-estadounidense Albert O. Hirschman demostró la necesidad de pensar e imaginar “lo posible” con la misma pasión que en otros horizontes políticos.

Como ha demostrado Jeremy Adelman en *El idealista pragmático* (2017), la posición de Hirschman se forjó a lo largo de los grandes combates del siglo XX: el acercamiento al comunismo en la década de 1920, el antifascismo de la década de 1930, el compromiso partisano —en Francia, España, Italia y después en los Estados Unidos—, y por último, el encuentro con los problemas del desarrollo en Latinoamérica. En el siglo de los extremos, la idea de la necesidad de la reforma, concebida con un código democrático, no sólo fue una alternativa fracasada en los hechos, sino también un combate valioso, antes y ahora.

Lo más significativo es que el trabajo de Hirschman está habitado por el afán de comprender la complejidad del cambio social, sus múltiples caminos, torceduras, bifurcaciones y enseñanzas para el futuro. Al contrario de lo que parecería, la reforma es un horizonte de construcción que moviliza tanto los esfuerzos como la imaginación política, y

### **Passion for the Possible. Ten Years without Albert O. Hirschman**

JAIME ORTEGA REYNA  
Universidad Autónoma  
Metropolitana-Xochimilco,  
Ciudad de México, México  
jortega@correo.xoc.uam.mx

JUAN DE LA FUENTE HERNÁNDEZ  
Universidad Autónoma Chapingo,  
Texcoco, Estado de México, México  
maluisajimenes@yahoo.com.mx

*Desacatos* 71,  
enero-abril 2023, pp. 156-165

en muchos casos ha sido el sendero más transitado por las sociedades a lo largo de la historia.

## Latinoamérica en el horizonte

La obra de Hirschman presenta múltiples aristas y aquí queremos destacar algunas. La más famosa de sus aportaciones se refiere a la noción de desarrollo —campo de estudio en el que es un disidente—, elaborada frente a la propuesta alrededor de la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy. Desde su perspectiva, Estados Unidos no podía ofrecer alianzas y al mismo tiempo continuar preparando operaciones secretas contra gobiernos. Aparte de ese capítulo específico en la historia de la región, el trabajo de Hirschman se extiende y complejiza el polimórfico concepto del desarrollo más allá de la economía convencional de su tiempo y el nuestro. Podemos señalar que no se relacionó con Latinoamérica como un extractivista epistémico sino como un intelectual comprometido con la vivencia cotidiana, que tramó vínculos importantes —desde Carlos Fuentes, Camilo Torres y Guillermo O’Donell, hasta Orlando Fals Borda, Fernando Henrique Cardoso y Pablo González Casanova— con los que trató de esquivar el atolladero maximalista para cultivar otras alternativas y establecer vínculos de ida y vuelta (Adelman, 2017). Si bien no se comprometió con las energías revolucionarias desatadas tras el evento cubano de 1959, estuvo lejos de simpatizar con los ejercicios autoritarios de las elites y los ejércitos que se desarrollaron en 1964 con los golpes de Estado en Bolivia y Brasil, que dejaron el suelo latinoamericano plagado de sangre, dolor y libre mercado.

## La salida, la voz y la lealtad

Destacaremos algunas de las obras que legó, que aún resuenan en nuestro tiempo, y sus aportes

principales. La primera es *Salida, voz y lealtad* (1977), que respondió al esfuerzo de Mancur Olson, un teórico de la acción colectiva que argumentó por qué para el individuo en ocasiones era más rentable no movilizarse en torno a acciones concretas. Hirschman entregó insumos para pensar en el conflicto en el Estado, el mercado y las organizaciones de la sociedad.

Para problematizar la vida, la operación y la transformación de estas estructuras y su entorno, recurrió a tres imágenes. Comenzó por la “salida” para argumentar los cambios abruptos, sobre todo los ocurridos en el mercado cuando un consumidor insatisfecho cambia una marca por otra. Extendió ese concepto a otras escalas y ámbitos de la vida social fuera del intercambio mercantil. La segunda imagen es la “voz”, cuya evocación oscila entre el sigilo del murmullo y el estruendoso grito de protesta, como el elemento que hace posible la negociación y el cambio. El uso y cultivo de la voz permite que las demandas de quienes emprenden la acción colectiva se adecuen en el seno de las organizaciones, como sindicatos, asociaciones, partidos y también Estados. Así, la voz debe entenderse como un recurso de los miembros de una asociación ante una situación poco satisfactoria, como la forma en la que participan para alentar cambios, pero también como un mecanismo que alerta de las fallas que pueden existir en los organismos. Entre voz y salida se encontró la tercera imagen, la “lealtad”, como construcción de identidad o apego que surge de las posibilidades de modular con éxito la voz o pagar los costos y sacrificios mayores o menores de la salida. El uso de la voz en la acción colectiva y sus mecanismos de negociación hace posible que las organizaciones o Estados sobrevivan, procesen los conflictos y salgan fortalecidos de ellos al fomentar la lealtad.

La lealtad, plantea Hirschman, es lo que da pie a un equilibrio entre el recurso de la participación por medio de la voz y el costo de abandonar

una asociación, al mismo tiempo que permite imaginar recursos alternativos y creativos en la interacción. La salida —el abandono definitivo de formas organizativas— fue pensada en un primer momento como la acción individual en el mercado. Con su ampliación, Hirschman consideró que en algunos casos podía ser colectiva. Ambas posibilidades dependen siempre de la debilidad del uso de la voz y la erosión de la lealtad. Concibió la salida para la acción de los individuos en el mercado y la voz para las acciones políticas, propias de asociaciones como partidos o sindicatos, pero pronto se dio cuenta de que estas figuras tenían otros usos, tanto individuales como colectivos, por ejemplo, las asociaciones de consumidores mostraban que el mercado también propiciaba la acción colectiva y que la salida —en este caso, el cambio de una marca por otra— no era exclusivamente individual.

Estas imágenes sirven para pensar la acción colectiva en espacios diversos, en los que existe una posibilidad de participación y hay gran capacidad de abandono y retirada, como en los partidos políticos o las asociaciones, pero también en los que se dificulta, por ejemplo, los Estados. Hirschman analizó el caso de la República Democrática Alemana, donde la salida era difícil, pues se corría el riesgo de perder la vida y se abandonaba el espacio vital, mientras que el uso de la voz, es decir, la negociación, estaba atrofiado. Estas imágenes son importantes porque brindan herramientas para pensar en la acción colectiva, las formas de organización, los mecanismos de negociación, y por supuesto, en las posibilidades de la ruptura de órdenes diversos de la vida social. El ejercicio que propone Hirschman cuenta con múltiples y ricas combinaciones según los espacios, escalas y culturas. No cabe duda de que en su obra habita la idea de que el empleo de la voz debe cuidarse y cultivarse, pues su atrofia implica el desuso de la política, por lo tanto, una situación que debe corregirse. Sin embargo, eso no implica que sea la única opción, sino una entre otras: citaba a

Lenin, lectura de su juventud, y le gustaba escribir que no había ninguna situación en la que no existieran esperanzas.

## Los intereses y las pasiones

El trabajo de Hirschman no se detuvo en el análisis económico en sentido estricto ni en la conflictividad que generaba la existencia del excedente, y reconocía que colocaba a la sociedad moderna contemporánea en un marasmo porque no tenía opción de *no* producirlo. En este camino se interesó por la historia intelectual que le dio nacimiento a la sociedad capitalista y se detuvo en el pensamiento de los siglos XVII y XVIII. En *Las pasiones y los intereses* (2013) plasmó una sugerente genealogía para comprender el triunfo del capitalismo a partir de autores clásicos, como Nicolás Maquiavelo y Baruch Spinoza, Adam Smith y Alexis de Tocqueville. El resultado de esta aventura indagatoria fue sorprendente, pues se encontró lejos de confirmar los análisis marxistas y weberianos que, más allá de sus diferencias, coincidían en entender la emergencia del capitalismo y su “espíritu” desde la perspectiva de un “asalto a sistemas de ideas y de relaciones socioeconómicas preexistentes”, en las que el cambio ideológico se explicaba a partir de la “emergencia de una ideología insurgente” concebida de manera independiente, que coincidía con el “declive de una ética dominante hasta entonces”. Al contrario, Hirschman ofreció una narración en la que demostró que “lo nuevo surgió de lo viejo en un grado mayor de lo que generalmente se ha considerado” (2014: 27, 28). Al adoptar un camino endógeno para examinar el discurrir intelectual y apartarse del supuesto de que los cambios provienen de “una simple victoria de una ideología plenamente armada sobre otra” (2014: 28), acomete la más compleja y ardua tarea de encontrar e identificar las secuencias de ideas concatenadas y proposiciones vinculadas no siempre de manera directa, reconocible y evidente.

En su relato, Hirschman subraya cómo la actividad económica se vuelve motivo de impulso de la acción política y también de su deterioro. Se trata de ir de la *economía a la política y más allá*, para mostrar que cuando se habla de economía nunca hay automatismo, sino múltiples posibilidades de articulación.

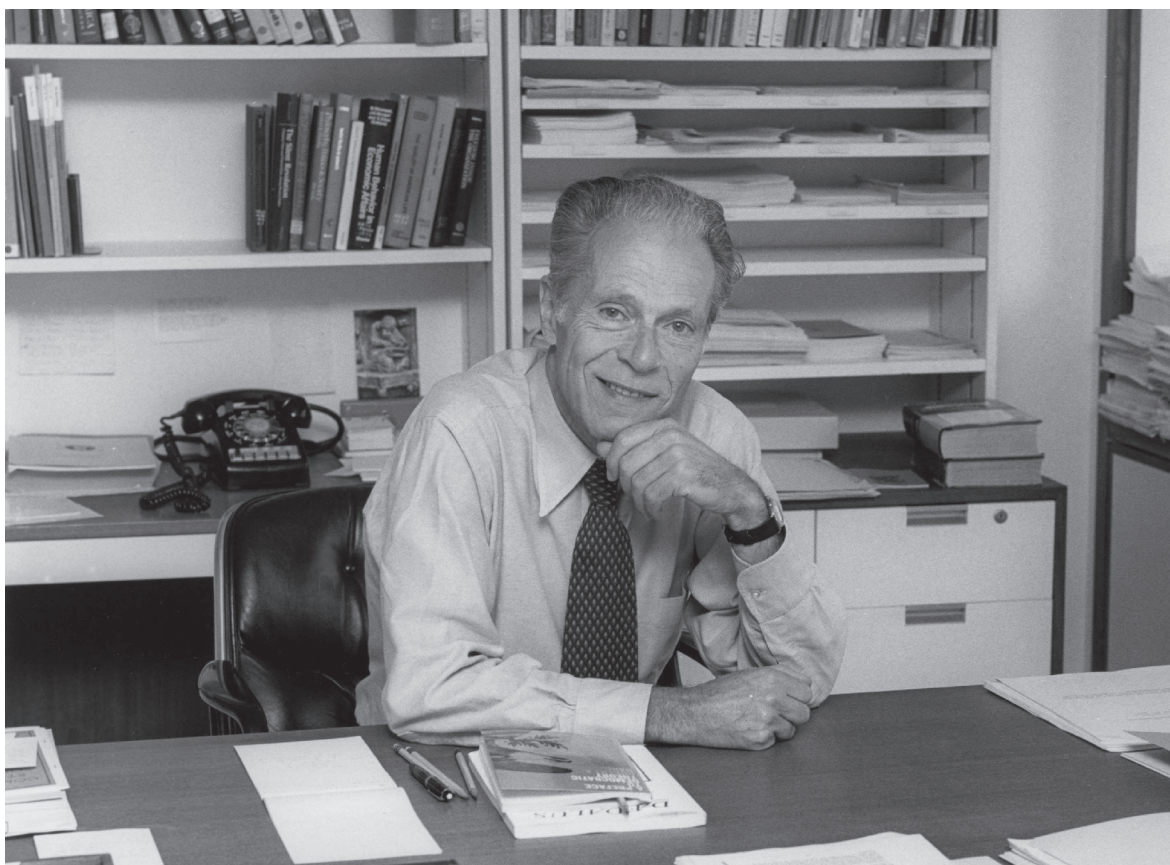
Esta obra, una pieza sugerente de análisis intelectual, expone la cadena de pensamiento que sigue la superación de la filosofía moralizadora y los preceptos religiosos, el desmoronamiento del ideal heroico caballeresco medieval, el reconocimiento de la existencia de las pasiones y la razón para entender al ser humano “como es en realidad”, y la aparición de una noción que ocupará el centro de su atención: “interés” e “intereses”. Esto se convertirá pronto en un paradigma, en el sentido de Thomas Kuhn, para entender la acción humana como resultado del interés propio, cuya resignificación apunta a ser pensada en términos del provecho material y económico. Adam Smith imprime un vuelco al relato al equiparar las pasiones con los intereses, vocablos tratados como antónimos, lo que en opinión de Hirschman le allana el camino para fundamentar su propuesta medular: “el bienestar material de la ‘sociedad en su conjunto’ prospera cuando se permite a todos seguir sus intereses privados” (2014: 130). La discusión intelectual y política se ordenará, entonces, alrededor de la premisa de que la mejoría del bienestar general se encuentra en función de permitir que cada integrante de la sociedad “persiga su propio interés particular (material)” (Hirschman, 2014: 132). En este curso, la búsqueda del interés propio deja de ser estigmatizada para ganar prestigio social. Con Adam Ferguson y Tocqueville se cuestionan, al fin, las bondades de la expansión económica y el cuidado de la riqueza individual que le sigue en el ámbito de las artes políticas, al reparar que también pueden jugar a favor de su deterioro y conducir al arribo de un régimen autoritario.

En un balance global, Hirschman expone la transformación gradual de una insaciable pasión,

la del “amor al dinero” y la adquisición de riqueza, relacionada originalmente con la avaricia y la mezquindad que, de encontrarse repudiada, subterránea y reprimida, transitó de la mano de la actividad comercial y manufacturera a ser considerada como una diligencia lucrativa de carácter inocente, pacífica e inocua, una virtud *doux*, observada con mayor benevolencia de cara a las acciones y pasiones turbulentas y arbitrarias de los príncipes y soberanos, calificadas como “salvajes y peligrosas” (2014: 81). Esta trayectoria intelectual muestra la emergencia de considerar las actividades lucrativas como una “ocupación honrosa” y su conversión en el nuevo *leitmotiv* de la naciente sociedad burguesa.

Hirschman advierte que la idea de que los hombres “al perseguir sus intereses serían para siempre inofensivos” (2014: 144) sólo sería desterrada del debate intelectual cuando el desarrollo capitalista se evidenciara en toda su fuerza y plenitud, con su cauda de desarraigo, pobreza, concentración de la riqueza, desempleo y depresiones. A la sazón, surgió una pléyade de analistas que dieron testimonio de estos fenómenos devastadores con un nuevo lenguaje y vocabulario, que sin duda ha ayudado a entender mejor estos desarrollos. Su influjo intelectual ha traído aparejado, no obstante, un hecho inesperado: la doctrina reseñada por nuestro autor se rodeó de un “aire de irrealidad y su conocimiento superficial” invitaba a no ser “tomada en serio”, para borrarse de la conciencia colectiva con el paso del tiempo (2014: 144).

¿Por qué vale la pena reconstruir esta tradición intelectual? Por un lado, de cara a la impulsiva tendencia contemporánea de buscar la novedad bibliográfica, habría que atender su advertencia para no caer en un malentendido: “casi cualquier idea que no ha estado a la vista por algún tiempo tiene buenas posibilidades de tomarse erróneamente por una versión original” (Hirschman, 1991: 40). Por el otro, frente a los debates contemporáneos que vive y en los que se ve envuelto, el autor recuerda la máxima



CLEM FIORI/CORTESÍA DEL INSTITUTE FOR ADVANCED STUDY ▶ Retrato de Albert O. Hirschman, 1979.

de George Santayana: “quienes no recuerden el pasado están condenados a repetirlo” (citado en Hirschman, 2014: 150), que aclara en seguida que se corresponde con mayor justeza a la historia de las ideas más que a la historia de los acontecimientos, pues por “circunstancias vagamente similares en dos puntos del tiempo diferentes y tal vez distantes pueden muy bien suscitar respuestas ideológicas idénticas e idénticamente erróneas si se ha olvidado el episodio intelectual previo” (1991: 150). La vigencia de esta máxima trasladada a la historia de las ideas resultaría de gran interés tanto para los críticos como para los defensores del capitalismo, dado que conocer este episodio de la historia intelectual sin duda les ayudaría a mejorar sus argumentaciones:

“probablemente es todo lo que se puede pedir a la historia, y a la historia de las ideas en particular: no que resuelva los problemas, sino que eleve el nivel del debate” (1991: 152). Ni más ni menos.

### Las energías de la sociedad

En *El avance de la colectividad* (1986), una de sus obras menos conocidas, avizoró las tramas que se construyen alrededor de lo que hoy denominamos las economías sociales y solidarias, para mostrar que su presencia generaba argumentos que solían escapar a los esfuerzos de los teóricos del desarrollo: a ras de suelo, en el campo de la acción, constató que en

ocasiones “la carreta se coloca por delante del caballo”, es decir, que las secuencias no acontecían en el orden que suponía la teoría (1986: 20).

En lugar de pensar con desencanto en la modernización, cuyos efectos provocaron la instalación de férreos gobiernos autoritarios en la mayor parte del continente, Hirschman decidió retratar la persistencia de la “energía social” para mejorar las condiciones de vida de las poblaciones. Más aún, llegó a la conclusión de que la economía popular es “un rechazo al culto del producto nacional bruto” y la “tasa de desarrollo” como árbitros únicos del “progreso económico y humano” (1986: 10). El libro, aparecido en 1983, es un gran alegato contra la privatización y la desmovilización que se instaló con las dictaduras militares, y una constatación de la persistencia de cambios posibles, situados en medio de la profunda crisis regional que se identificó como la “década perdida”: formas diversas de la reforma, algunas agredidas por el Estado, otras nacidas al calor de intereses individuales y la mayor parte generadoras de vínculos solidarios.

En forma de diario de viaje, el alemán retrató sus impresiones de una diversidad de lugares de la geografía latinoamericana y expuso que, más allá del Estado y el mercado, la sociedad se organizaba para producir y reproducir la vida. Con ejemplos que iban desde la construcción de casas por sus propios habitantes en Argentina hasta la asociación de vendedores de frutas en triciclos en la República Dominicana o las escuelas de oficios para mujeres en Perú, Hirschman mostró que la sociedad se movilizaba por encima de los planes e indicadores.

### **Retóricas de la reacción**

Por último, aunque la persistencia del sectarismo programáticamente inamovible suele ser marginal en la voz de las grandes mayorías que han aventurado transformaciones o reformas sociopolíticas, no está

de más regresar a *Retóricas de la intransigencia* (1991). Hacia mediados de la década de 1980 y ante un preocupante avance neoconservador en Estados Unidos, Hirschman emprendió un recorrido analítico que intentaba superar el socorrido examen de las mentalidades, convicciones y personalidades de quienes encabezaban esa tendencia política. Este análisis no sólo le parecía poco prometedor, pues la acometida frontal ahondaría la incomunicación de los grupos involucrados, sino que conduciría a una “indebida fascinación frente a un adversario demonizado” (Hirschman, 1991: 10). Con ánimo de hacer un examen más imparcial, se adentró en un análisis histórico para comprender que el discurso reinante se configura con los “imperativos de la argumentación”. En su opinión, este descubrimiento podría ayudar a enmendar el discurso y “restaurar la comunicación”, preocupación que bien podría recordarse en nuestros beligerantes días de desacuerdos.

Hirschman analiza las voces que se negaron a aceptar los tres grandes procesos de democratización de la época moderna a lo largo de la historia. Examina la retórica que *reaccionó* —palabra libre de toda carga de juicio valorativo— en forma de rechazo ante los procesos que establecieron la igualdad frente a la ley, negaron el carácter democrático del sufragio universal e impulsaron una férrea oposición contra el Estado benefactor. Captó estos movimientos en tres argumentos: “efecto perverso”, “futilidad” y riesgo, cada uno con sus variantes y facetas, en ocasiones compaginados, retroalimentados y reforzados entre sí en la retórica y controversia “reaccionarias” en su cruzada contra el ánimo y la acción reformadoras.

El razonamiento del efecto perverso indicaba que cualquier cambio resultaría dirigido en su contra. Era una forma intelectual, audaz pero disimulada, de impugnar una propuesta o acción “progresista” o “bien intencionada” encaminada a mejorar algún aspecto del orden político, social o económico, para demostrar que la acción está mal

comprendida y generará, mediante una cadena de “consecuencias imprevistas, *exactamente lo contrario* del objetivo que se proclama y persigue” (1991: 21). En otros términos, con este argumento no sólo se cuestiona si la propuesta fallará en su propósito, producirá costos imprevisibles o tendrá consecuencias secundarias nocivas, sino algo muy sencillo, pero más profundo: “la tentativa de empujar a la sociedad en determinada dirección resultará, en efecto, en un movimiento, pero en dirección opuesta” (Hirschman, 1991: 21). Estamos frente a un efecto *perverso*, implícito en toda acción de cambio, que siembra la imagen de que todo intento de reforma resulta *contraproducente*.

El asunto, advierte críticamente el autor, es que el resultado perverso de ningún modo es la “única variedad concebible de consecuencias involuntarias y efectos colaterales” de la acción humana (Hirschman, 1991: 49). Nos recuerda también que muchas de estas consecuencias y efectos “son bienvenidos”. Más aún, en la medida en que “las experiencias de ayer se incorporan continuamente a las decisiones de hoy”, resulta muy factible que las tendencias a la perversidad tengan “buenas probabilidades de ser detectadas y corregidas” (1991: 53).

El razonamiento de la futilidad plantea que es inútil proponer y llevar a cabo transformaciones porque no tendrían efecto alguno debido a su carácter insustancial y superficial, y por ello engañoso y aparente, pues las estructuras de fondo de la sociedad siempre quedan indemnes. Frente al estructurado mundo social, regido por leyes inmanentes, la acción humana se presenta como impotente. La crítica principal a esta tesis reside en que, dada la precipitación del juicio, no queda espacio para el “aprendizaje social o las decisiones políticas en aumento y correctivas”, lo que niega la capacidad social de la autovaloración. En otras palabras, “no se toma bastante en serio a sí misma y a sus propios efectos en los acontecimientos” (Hirschman, 1991: 56).<sup>1</sup>

El último razonamiento aduce que el cambio sugerido, aunque en sí mismo fuera deseable por correcto o justo, entraña costos o efectos que exceden los supuestos beneficios que se le atribuyen, se oponen o no son compatibles con logros existentes, por lo que resultan inadmisibles, pues conducirían a una cadena de sucesos que nos llevarían por un camino desconocido “riesgoso, imprudente o simplemente indeseable” (Hirschman, 1991: 98). Así, desde la perspectiva del riesgo, la reforma en ciernes entraña una amenaza para adelantos y conquistas previas, ganadas incluso a costa de un alto precio, lo que configura un argumento lo suficientemente poderoso para oponerse o frenar cualquier *nueva* reforma. La premisa nos conduce a la elección de mantener el orden existente.

A diferencia de las retóricas de la perversidad y la futilidad, la cabal funcionalidad del razonamiento del riesgo requiere situarse en un horizonte y un escenario históricos particulares. Su fuerza y oportunidad no caben en cualquier comunidad o nación, sino en las que existe una memoria viva que aprecie una reforma, institución o logro anterior para que pueda sostenerse que la acción novedosa lo pone en peligro.

Se podría alegar que no sólo la acción reformadora implica riesgos, sino también la inacción. Por ejemplo, ante la ausencia de una reforma, la sociedad podría recurrir a “tipos de acción que serían infinitamente más riesgosas para la sociedad establecida” que la enmienda propuesta (Hirschman, 1991: 117). Este argumento podría denominarse la tesis del riesgo inminente. También sostener, como los marxistas, que hay leyes por las que discurre la humanidad, que abrigan el anhelo del cambio social, apuntala la acción renovadora anunciada.

---

1 En cursivas en el original.

Más allá de las razones sostenidas por la corriente progresista y revolucionaria, hay conexiones entre lo viejo y lo nuevo que más bien resultan a la inversa de lo que supone la explicación del riesgo: un cambio social de carácter innovador puede fortalecer, armonizar, complementar y reforzar el significado de un avance previo para dar cuerpo y sentido al argumento de un vínculo de “complementariedad, armonía, sinergia o (de) apoyo mutuo” (Hirschman, 1991: 84). Además, hay un fructuoso espacio de “posibilidades intermedias” entre los extremos del riesgo y el apoyo mutuo, por lo regular irreales, en los que cabe pensar en una amplia y compleja gama de interacciones entre la reforma nueva y la establecida: “por ejemplo, todo nuevo programa de reformas o de movimiento ‘progresista’ tendrá probablemente varios aspectos, actividades y efectos, algunos de los cuales pueden ser útiles para fortalecer una reforma o institución establecida, mientras que otros obran con fines divergentes de ella y otros más no suponen ni utilidad ni daño”; añádase que si la “reforma tiene esos efectos positivos, negativos o neutros, y hasta qué punto, en relación con la antigua, es algo que bien puede depender más de circunstancias específicas que de las características intrínsecas de la reforma” (1991: 144-145). Hirschman vuelve a un argumento de fondo: “encontrar combinaciones factibles de lo nuevo y lo viejo sin trabar con las ilusiones del apoyo mutuo, a la vez que se está alerta de los peligros que amenazan, es de manera esencial una cuestión de invención histórica práctica” (1991: 145).

Es difícil hallar una secuencia “lógica” de la expresión temporal de cada tesis. Si se quisiera encontrar una posible sucesión de los argumentos respecto algún esfuerzo reformador, sería la de riesgo-perversidad-futilidad. También es complicado advertir su alcance e influjo real en los acontecimientos y episodios a lo largo de la historia, cada tesis “tiene su propio terreno de influencia especial”, aunque en los anales de la argumentación

reaccionaria quizá la crítica de la perversidad constituya “el arma individual más popular y efectiva” (Hirschman, 1991: 158).

El conjunto de su crítica a las retóricas reaccionarias sucede en un momento triunfalista de los elementos conservadores, es decir, en el momento de la caída del socialismo y la emergencia de un ambiente abiertamente negativo hacia los intentos de reforma. Hirschman responde al triunfalismo del discurso del libre mercado que acompaña al mundo globalizado y hace notar las raíces históricas de la retórica reaccionaria, lo que provoca duras críticas.

En efecto, las tesis enunciadas son de uso común en los discursos actuales, pero habría que reconocer que hunden sus orígenes en tiempos lejanos, algunas en mitos, como la secuencia de Hubris-Némesis, Edipo y la Divina Providencia, que cobran carta de naturalidad intelectual con la Ilustración escocesa de finales del siglo XVIII, que propuso que la acción humana tenía efectos involuntarios, en pocas palabras, podía derivar en lo opuesto de lo que se intentaba. La configuración de las ciencias sociales enriqueció los argumentos de este tipo de razonamientos, que han tenido una aplicación reiterada y patente en la interpretación de la historia moderna, notoriamente desde la Revolución francesa, melodía que llega hasta nuestros días.

Hirschman argumentó contra aquellos intelectuales que parecía que abrazaban estas tesis reaccionarias para sentirse bien consigo mismos: “los científicos sociales que analizan el efecto perverso experimentan por otra parte un fuerte sentimiento de superioridad y se regocijan con él” (1991: 46). Complementa su controversia con aquellos “analistas sociales privilegiados” atraídos por la tesis de la perversidad, que la tornan en una sentencia con calidad de certeza para zaherir al hombre reformador: “¿qué mejor manera de mostrarlo como medio tonto y medio criminal que probar que está logrando exactamente lo contrario de lo que está proclamando como su objetivo? ¿Qué



mejor argumento, además, contra una política que uno aborrece pero cuya meta declarada no se atreve uno a atacar de frente?” (Hirschman, 1991: 29). Palabras muy oportunas para entender mejor nuestra enconada discusión en torno al mercado, el Estado y las políticas económicas y sociales a seguir, en las que toda medida que tenga un aire populista será acusada y ridiculizada de contraproducente por la retórica reaccionaria, como desde entonces lo advertía el autor.

Se entenderá que la retórica de la intransigencia, al censurar las pretendidas mejoras sociales, se configure como un arma principal del repertorio de la reacción, porque en modo alguno es monopolio de este medio; no obstante, se trata de razonamientos igual de socorridos por el ala radical, la que reconviene a los reformadores su ignorancia del orden estructural social y de las leyes del movimiento de la historia, afirma la insignificancia o fracaso de cualquier enmienda e intervención humana, y reprueba que se alimenten esperanzas de cambio por esta vía. En su opinión, se trata meramente de “simulacros” y “trampas” que hay que evitar para transformar el orden social a partir de derribar el viejo y edificar uno nuevo desde sus cimientos, y desentenderse de cualquier idea del “cambio gradual y de la perfectibilidad de las instituciones existentes”, y desde luego, de cualquier “remiendo, reforma o mejoramiento” (Hirschman, 1991: 181). Diría Hirschman: “los odios compartidos forjan extrañas camaraderías” (1991: 178). A los críticos conservadores y el selecto grupo de analistas sociales que afablemente se arrojan “el servicio de arrancar la máscara, de levantar el velo y de hacernos ver a través del disfraz” (1991: 94), Hirschman les dedica unas palabras con un dejo de sentido del humor: “le gustaría a uno verlos de vez en cuando un poco menos desengañados y amargos, acaso con una gota de esa ingenuidad que son tan dotados a denunciar, abriéndose un poco a lo inesperado, a lo posible” (1991: 94-95).

De modo que la crítica de la retórica intransigente, es bueno subrayarlo, no se limita a la reacción, pues el progresismo comparte una retórica intransigente al señalar —como la ortodoxia determinista marxista, que deja poco espacio a la acción humana— que la historia se mueve inexorablemente en un sentido, que existen senderos correctos de la historia por los que ellos abogan y que salen sobrando quienes están fuera de esa ruta y dinámica “hacia adelante”. Así, en la acera de enfrente “no tienen nada que envidiarles” a los reaccionarios (Hirschman, 1991: 167).

Producido al calor del supuesto “triumfo del libre mercado” tras los sucesos de 1989, el texto es un llamado a cultivar el arte de la *voz*, un refrendo de la importancia capital de la democracia y la necesidad de abandonar las posiciones tejidas en clave de maximalismos. Hirschman hace un llamado a “empujar el discurso público más allá de posturas extremas e intransigentes de una y otra clase, con la esperanza de que en el proceso nuestros debates se tornen más ‘amistosos con la democracia’” (1991: 187). El argumento, sin embargo, sigue siendo útil a pesar de las discusiones políticas y es pertinente al momento de observar los revisionismos históricos que siguen argumentado sobre la perversidad de los cambios ocurridos por procesos sociales de amplio alcance.

### Hirschman ayer y hoy

La presencia de Hirschman en Latinoamérica es constante. Su obra se conoce desde 1950. En el Fondo de Cultura Económica, entre otros espacios, encontró un lugar privilegiado de recepción. Esta situación fue alentada por los diálogos con personajes como Guillermo O’Donnell o Celso Furtado, pero también por una recepción crítica como la de Rodolfo Stavenhagen, con quien sostuvo un sucinto debate. Es sugerente voltear a ver lo que otro biógrafo, Luca Meldolesi (1997), apunta sobre sus

trabajos, que se encuentran por encima de los estrechos confines de las disciplinas.

Hoy el pensamiento democrático y progresista se puede nutrir de una perspectiva que alienta tanto la democracia como la reforma, el mejoramiento de la vida cotidiana y la valoración de experiencias populares. El de Hirschman, más que un pensamiento acabado, es una guía para pensar problemas, que avanzó con la mente abierta, pero nunca en blanco, según Adelman (2017). En 2022 se cumplen diez años de su muerte y con seguridad eso propiciará múltiples reflexiones. El posibilismo, es decir, la idea de que la reforma es tanto una posibilidad como una pasión que merece ser encarnada, es un horizonte que debe recuperarse ante la emergencia de posiciones irreductibles o absolutizadoras. Múltiples posibilidades de creación social, de redireccionamiento de las energías de la sociedad, se traman constantemente. Reconocer su valía, incorporarlas a las tradiciones de lucha y potenciarlas es lo que el pensamiento de Hirschman favorece e impulsa. No es sencillo, pero se encuentra habilitado a partir de una izquierda con una posición materialista que abandone definitivamente el providencialismo y las

retóricas intransigentes sobre los “lados correctos de la historia”. Una izquierda anclada en la coyuntura, que construya transformaciones en el presente, sobre el eje de la *voz* de sujetos reales para reconocer las pasiones y los deseos que los atraviesan.

Para quien entiende que el pensamiento crítico es un árbol de raíz diversa, la aventura intelectual de Hirschman puede resultar, además de apasionante, profundamente útil. Se trata de cultivar ese árbol con paciencia y mesura, como una de las tareas a las que se puede contribuir en momentos en los que hacer posible la reforma es tan urgente como continuar imaginando el futuro.

Apoiado en la historia, Hirschman asedió los problemas más candentes en la región latinoamericana con sobriedad y determinación. De ello resulta un conjunto de insumos interesantes para pensar en la acción colectiva y el conflicto. Con el mismo apoyo en la historia, también planteó una versión que colocó ideas centrales del mundo moderno en su desarrollo intelectual. Hemos puesto énfasis en dos obras significativas de este talante, porque a pesar del tiempo, sugieren con actualidad caminos por los cuales transitar. **D**

## Bibliografía

- Adelman, Jeremy, 2017, *El idealista pragmático. La odisea de Albert O. Hirschman*, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Hirschman, Albert O., 1977, *Salida, voz y lealtad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- . 1986, *El avance en colectividad: experimentos populares en la América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México.
- . 1991, *Retóricas de la intransigencia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- . 2014, *Las pasiones y los intereses*, Capitán Swing, Madrid.
- Meldolesi, Luca, 1997, *En búsqueda de lo posible: el mundo sorprendente de Alberto O. Hirschman*, Fondo de Cultura Económica, México.